

En Río de Janeiro, como en todo Brasil, la seguridad era absoluta: bastándole un empate para ser campeón, nadie dudaba que la poderosa selección local, que había despedazado a sus dos rivales anteriores en el grupo final y que había anotado en total 21 goles en los 5 partidos mundialistas jugados, no tendría problemas en vencer al Uruguay, que había llegado a esa instancia con resultados muy apretados, si excluimos la goleada a la débil Bolivia. Entre el 13 y el 16 de julio, el país entero se aprestaba para la gran fiesta: se habían preparado 11 limusinas que tenían en los costados los nombres de cada uno de los jugadores, desde Barbosa hasta Chico. Se había organizado un desfile por las calles de Río, prácticamente un carnaval, en todos lados se veían pancartas que decían "Homenaje a los campeones del mundo". Los diarios brasileños daban por hecho el triunfo y la mayor duda era el número de goles que anotaría Brasil.



La euforia era tanta, que los mismos dirigentes uruguayos sentían que no había esperanzas de obtener un buen resultado, al grado de que, en una reunión antes del partido, declararon que se considerarían satisfechos si obtenían una “derrota honorable” por no más de un par de goles de diferencia. Pero en el grupo, el DT “Juancito” López y el capitán Obdulio Varela, no pensaban así. El “negro jefe” motivó a sus compañeros, haciéndoles sentir que el partido no era más que un juego contra 11 hombres iguales que ellos. Varela resumió su arenga con una frase: “muchachos, hoy tengo muchas ganas de correr”. Eso fue como un auténtico grito de guerra. Cuando los uruguayos saltaron al campo del “Maracaná”, estaban serenos, seguros de lo que tenían que hacer, a pesar de los gritos intimidantes de la enorme multitud reunida en el inmueble, que se calcula ese día superó los 200 mil espectadores. En la foto, los capitanes, Augusto por Brasil y Varela por Uruguay, junto con el árbitro George Reader. Faltan poco más de 90 minutos para que caiga el telón sobre un drama increíble.



He aquí a la selección de Brasil, alineada pocos minutos antes del inicio del juego que debía consagrarlos campeones del mundo:

Desde la izquierda, después de dos integrantes del cuerpo técnico, Moacir Barbosa, Augusto, Danilo, Juvenal, Bauer, Ademir, Zizinho, Jair, Friaca, Chico y Bigode.

Dirigido por Flávio Rodrigues Costa, que por fin había podido amalgamar a los mejores elementos del fútbol de Rio de Janeiro y Sao Paulo, era un poderoso equipo, que aún hoy es recordado como uno de los más fuertes y completos, pero que pasaría a la historia como el de más triste recuerdo para los brasileños. Su columna vertebral era el Vasco Da Gama, que aportaba a la "Selecao" al goleador Ademir, a sus compañeros de ataque Jair y Chico y al portero Barbosa, en esos momentos, el mejor de Brasil, después considerado responsable del gol del triunfo uruguayo. Figuras eran también el entreaño derecho Zizinho (Flamengo) y el extremo Friaca (Sao Paulo).



La selección del Uruguay, considerada casi unánimemente como víctima segura del equipo de casa, posa para los fotógrafos antes del inicio del partido final:

Arriba, de izquierda a derecha, el capitán Obdulio Varela, el entrenador Juan López, Eusébio Tejera, el masajista Abatte y otro miembro del cuerpo técnico, Schubert Gambeta, Matías González, Roque Gastón Máspoli, y Víctor Rodríguez Andrade.

Abajo: otro miembro del cuerpo técnico, Alcides Edgardo Ghiggia, Julio Pérez, Oscar Míguez, Juan Alberto Schiaffino y Rubén Morán.

El equipo basaba su fuerza en el Peñarol, de donde venían Máspoli, Varela, Ghiggia, Míguez y Schiaffino, mientras que el Nacional aportaba a Tejera, Gambetta y Pérez. En Central Español jugaba Rodríguez Andrade (sobrino del mítico José Leandro Andrade, campeón mundial en 1930) y del Club Atlético Cerro provenían González y Morán, este último, de 19 años, 11 meses y 10 días, uno de los campeones mundiales más jóvenes de la historia, que jugó su único partido en el mundial y fue la apuesta ganadora del técnico López, ya que su misión fue “flotar” delante de los defensores brasileños, facilitando así las incursiones de Schiaffino y Ghiggia.



Apenas el árbitro inglés Mr. Reader dio el silbatazo de inicio, el partido se convirtió en una batalla. Uruguay sorprendió y en un contragolpe Míguez golpeó uno de los postes de Barbosa. Bigode comete dos faltas seguidas sobre Ghiggia, tratando de “ablandarlo”, pero a la tercera vez que se enfrentaron, fue el charrúa a golpear primero, acordándose de las palabras de Varela de no dejarse intimidar. Gambetta sostiene su “guerra” particular con Chico, en un duelo que sacaba chispas. En la foto, Ademir lanza un tiro al marco uruguayo, pese a la barrida de Rodríguez Andrade, mientras Gambetta llega al apoyo de su compañero y González observa atrás.



Con los brasileños alentados por más de 200 mil “torcedores” que abarrotaban el estadio, la meta de Másboli comenzó a pasar apuros. Remates de Zizinho y Chico, fueron apenas controlados por el arquero, que aquí se lanza para desviar sobre su marco un cabezazo de Ademir que amenazaba convertirse en el primer gol.



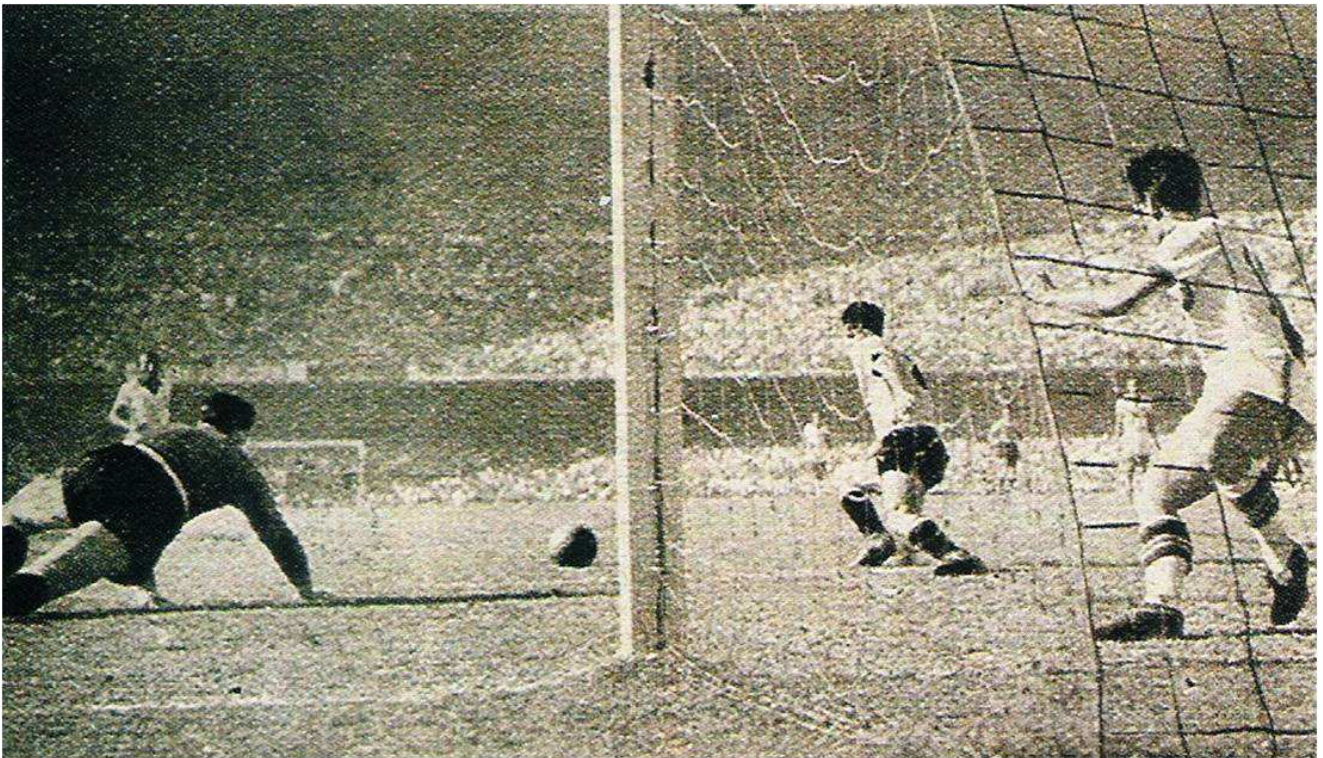
A pesar de varias acciones ofensivas, sobre todo de Brasil, el primer tiempo finaliza 0-0, ante el desencanto de "Maracaná" y de los brasileños que seguían por radio el partido. Aún con este resultado, Brasil era campeón del mundo, pero todos querían el triunfo. En la primera foto, una acción de Zizinho, marcado por Tejera. Cerca de él, Friaca (7), Ademir y al fondo, Varela. En la segunda, una de las pocas intervenciones de Barbosa, que despeja de puños anticipando a Schiaffino.



Sin embargo, inesperadamente después de lo sucedido en el primer tiempo, en que Uruguay había soportado el ataque brasileño, bastaron dos minutos del segundo para que Brasil consiguiera su objetivo: fue Friaca, concluyendo un rápido contragolpe, que abre el marcador. La algarabía de los brasileños no tiene límite: ganando 1-0 y con poco más de 40 minutos de juego, parece imposible que su equipo pierda el campeonato, por el contrario, todo hace suponer que la valiente defensa uruguaya se descompondrá y empezaran a caer los goles.



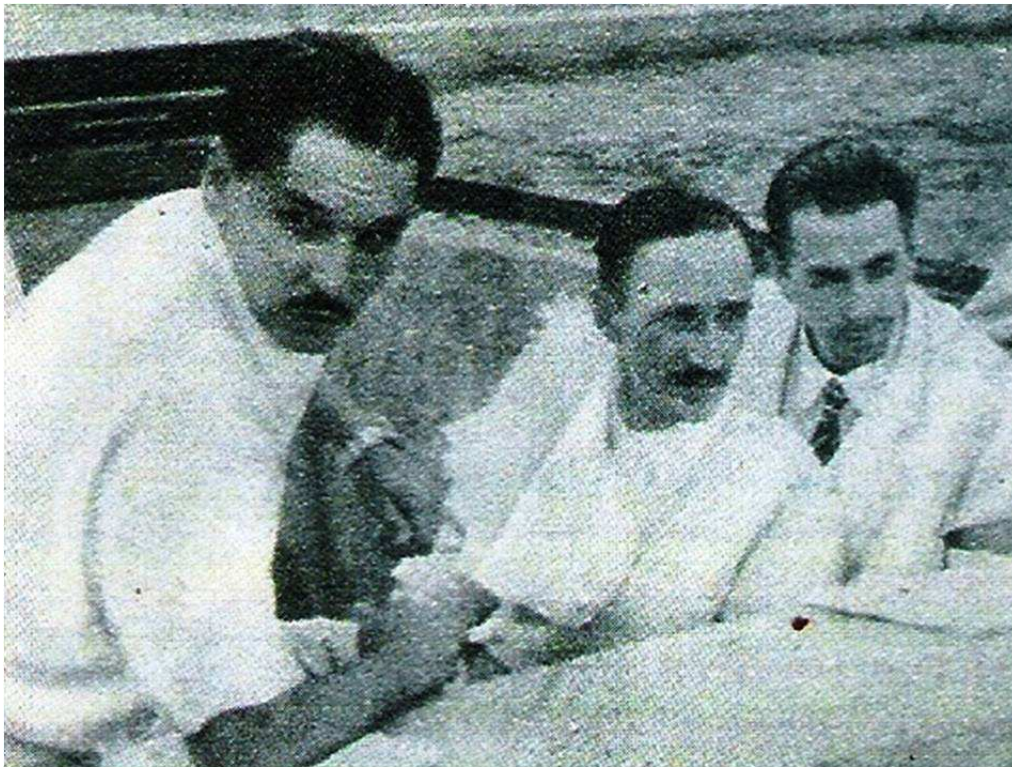
El gol brasileño es absolutamente válido, pero el capitán Obdulio Varela, con gran inteligencia, toma el balón y sigue al árbitro Reader, protestando un supuesto fuera de lugar. Varela sabe perfectamente que no va a obtener ningún resultado, pero haciendo eso, consigue poner nerviosos a sus rivales, ansiosos de reanudar el juego y aprovechar el momento, pero sobre todo, apaga un poco el entusiasmo del "Maracaná": 400 mil manos se estiran para tocar la Copa Jules Rimet, pero el objetivo es todavía como un jabón mojado. El acoso brasileño sobre la meta uruguaya se reanudó: en la primera foto, Gambetta despeja un peligroso centro que se le había pasado a Máspoli y en la segunda, el mismo arquero ve con angustia que el balón disparado por Chico pasa apenas a un lado de su poste izquierdo.



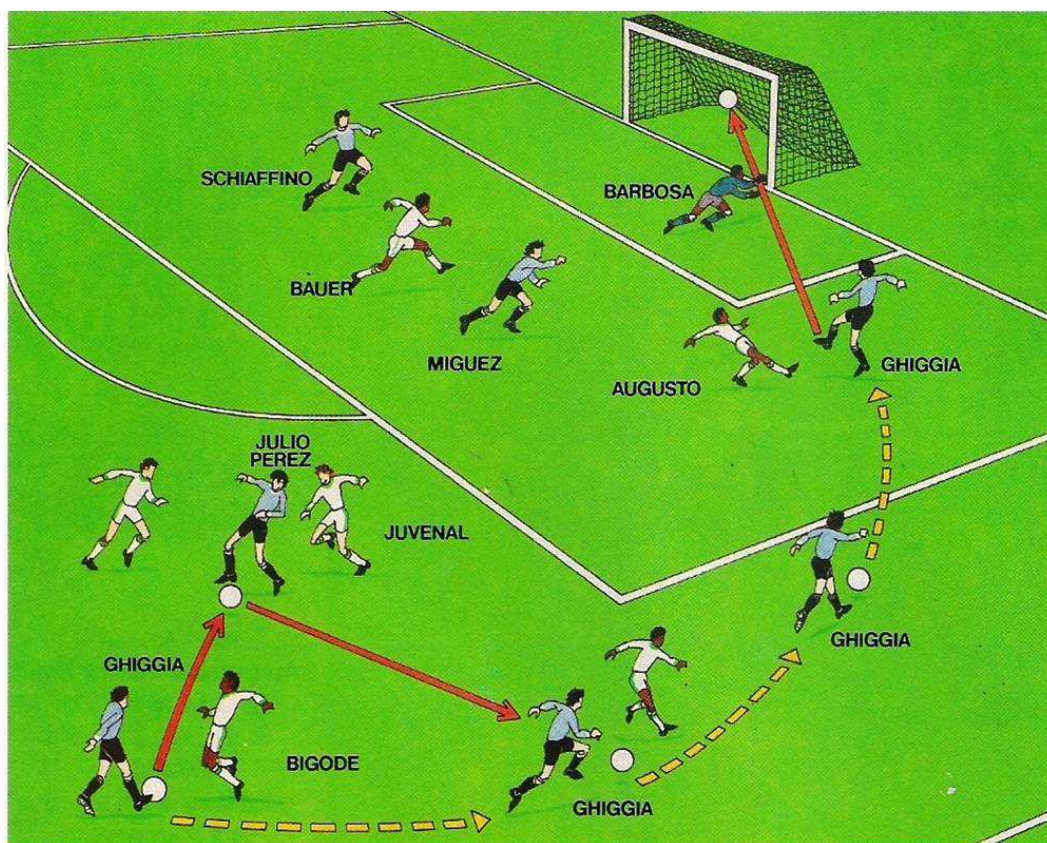
Y fue al minuto 21 del segundo tiempo cuando la historia empezó a tomar su inesperado camino: Varela alarga sobre la derecha para Ghiggia, el cual supera por primera vez a Bigode y centra para Schiaffino que llega de frente. "Pepe" ajusta la mira y, no obstante la barrida de Juvenal, dispara seco a la izquierda de Barbosa, que da la impresión de estar descolocado y poco atento a la jugada.



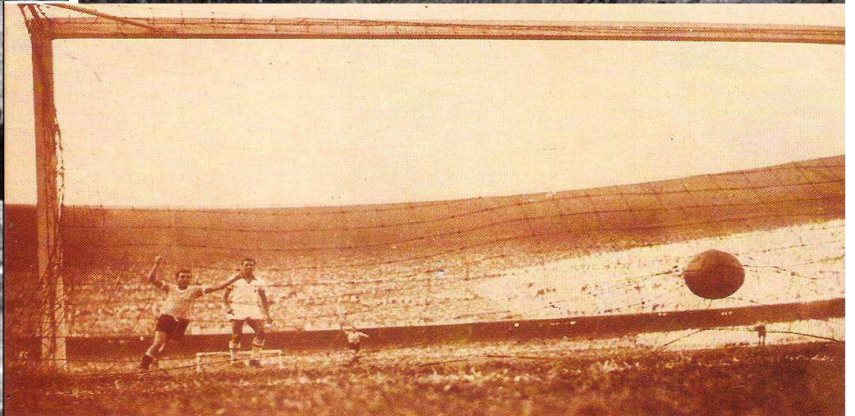
El 1-1 todavía es un marcador a favor de Brasil, pero los locales no aceptan la “humillación” del empate y continúan jugando para ganar. Pero la ruleta de la suerte ha empezado a girar hacia el lado opuesto: los últimos 20 minutos señalan el final del sueño brasileño, prácticamente cada acción de ataque que Uruguay se decide a emprender, constituye un serio peligro para Barbosa. La tensión se puede sentir en todo el estadio y en las extrañas “bancas” de “Maracaná”, los técnicos sufren lo indecible ante lo que acontece en la cancha: en primera instancia, la brasileña, con el entrenador Costa en primer plano y luego, la uruguaya, donde todos parecen querer ayudar con sus gestos a sus compañeros.



Al minuto 79, a sólo 11 del final, los uruguayos asestan el golpe del KO definitivo a Brasil. Su protagonista principal, Alcides Ghiggia narró así esa jugada histórica: “Vi a Julio Pérez librarse de un adversario con un “dribbling”. Me cargue a la derecha cuando él me lanzó hacia un corredor libre. Mí ángulo de entrada era bastante bajo con respecto a la línea de meta. Cuando vi a mi marcador que se me acercaba, decidí tirar. Barbosa, para prevenir el eventual cruce hacia atrás, se colocó ligeramente sobre su derecha, dejando un espacio suficiente entre él y el poste. Cerré los ojos y disparé con toda la energía que tenía en el cuerpo... cuando los abrí, vi el balón en la red. En aquel momento, nos convertimos en campeones del mundo”. En la imagen, la representación gráfica del gol y el momento justo en que el balón rebasa la línea de meta, ante la angustia de Barbosa.



En las fotos vemos la jugada en su parte final: el principio del festejo del anotador del gol, Ghiggia, la desesperación de los brasileños Bigode y Augusto y lo más dramático: el arquero Barbosa, vencido, hunde el rostro en el césped y parece pedir que se lo trague la tierra. El balón, ante la sorpresa de todos, estremece las redes brasileñas y establece el marcador que a la postre será definitivo: Uruguay-2, Brasil-1. En ese momento, el escándalo que era "Maracanã", se congeló: un silencio sepulcral invadió el recinto y en los rostros de los aficionados comenzó a aparecer la incredulidad, la tristeza y finalmente, el llanto.



Faltan sólo 11 minutos y Brasil se lanza desesperadamente hacia adelante. Varela, desde la zaga, grita como poseído, guiando a sus compañeros sin daños hasta el minuto 90. Última emoción: cuando Reader silba 3 veces, dando la espalda a la jugada, en una acción de tiro de esquina, el balón que se le había pasado a Máspoli y a Chico, va a caer casi directamente en las manos de Gambetta, que lo toma y con las dos manos lo abraza sobre su pecho. Pasan unos segundos interminables, parece increíble, pero todo es verdad. Ha finalizado el juego y Uruguay, contra todo pronóstico, ha ganado el partido decisivo y se ha coronado campeón mundial por segunda vez en su gloriosa historia.



Los pocos aficionados uruguayos presentes en el estadio se lanzan al campo agitando sus banderas. Los nuevos campeones del mundo se abrazan y lloran de alegría, mientras los brasileños van abandonando la cancha, llorando también, desolados completamente ante la derrota, al igual que el público. De la enorme multitud, una parte abandona inmediatamente el estadio y otra se queda ahí, aún sin poder asimilar aquel resultado. Entre las muchas historias tejidas alrededor de las horas siguientes a este juego, están las riñas en las calles de las ciudades brasileñas, aficionados que aún al día siguiente continuaban en las tribunas de “Maracaná”, llorando la derrota y claro, se habla de varios suicidios. En las fotos, primero el entrenador López abraza a su capitán Varela y abajo, el llanto de un directivo uruguayo y la alegría del joven Morán, debutante con la “celeste” en el partido más importante de su vida.



Dentro del estadio, había una persona que no era ni uruguayo ni brasileño, pero que igualmente estaba impactado por el resultado: el Presidente de la FIFA, Jules Rimet. Su discurso para entregar el trofeo y felicitar al esperado campeón, Brasil, escrito en portugués, quedó guardado en su bolsillo. En la confusión que siguió al final del juego, se cuenta que la copa, custodiada por la CBD (Confederación Brasileña de Deportes), desapareció. La leyenda continúa diciendo que al darse cuenta de eso, Obdulio Varela gritó: "Con o sin copa, los campeones somos nosotros". Finalmente, la valiosa "victoria" de oro, fue entregada a Rimet por el presidente de la CBD, con rostro de consternación, al igual que el resto de los dirigentes brasileños.



Definitivamente que entregar el trofeo al capitán uruguayo, no estaba en los planes de Jules Rimet. En medio del silencio casi absoluto del estadio semi-vacio, sin discurso y con un rostro que deja en claro que no terminaba aún de asimilar lo sucedido, el anciano dirigente puso la Copa en manos de Obdulio Varela. Una de las más grandes hazañas y sorpresas que registra la historia del futbol mundial, el llamado “maracanazo”, se consumaba con aquel sencillo acto: Uruguay Campeón del Mundo 1950.



Por fin, la vuelta olímpica para los nuevos campeones del mundo: con este resultado, Uruguay se mantenía invicto luego de 8 partidos mundialistas, cuyo saldo quedaba hasta ese momento en 7 victorias y 1 empate. Y de dos copas del mundo jugadas, dos ganadas. Los "orientales" se encontraban en la cima del mundo del futbol. En la intimidad del vestidor, todos saborean las mieles de la victoria directamente de la Copa Jules Rimet, el turno de Schubert Gambetta.



El capitán de esa selección campeona del mundo, era Obdulio Jacinto Varela. Nacido en 1917, “el jefe” o “el negro jefe”, encarnaba en persona la famosa “garra charrúa”, o sea, el sentimiento de voluntad y fuerza que de siempre caracterizó el fútbol y en general al pueblo uruguayo. Por muchos años, fue el verdadero conductor de su equipo, ya sea desde el punto de vista técnico que desde el psicológico: sabía infundir una extraordinaria carga anímica a sus compañeros, sobre todo, en los momentos más difíciles de un juego. Inicó jugando en el Deportivo Juventud y en 1938 pasó al Wanderers. Cuatro años más tarde, fue adquirido por el Peñarol, donde fue campeón en 1944-45-49-51-53-54. Se retiró en 1955, a los 38 años. Con la “celeste”, jugó desde 1939 hasta 1954, totalizando 52 partidos, ganando la Copa América de 1942 y su máximo logro, la Copa del Mundo en 1950. Con él en la cancha, Uruguay nunca fue derrotado en un juego de mundial. Murió en 1996.



El único premio de consolación para Brasil, fue contar con el campeón de goleo, Ademir de Menezes Marques. Su mentón prominente (le apodaban “queixada”, que significa mandíbula), su mirada triste y su bigotito de “dandy”, conforman la imagen inconfundible de este artillero, el mejor que tuvo el futbol brasileño en los años 40. Nacido en Recife en 1942, no era un jugador de gran talla física. Su apariencia era más bien de fragilidad, pero escondía una gran fuerza, un potente disparo y, sobre todo, mucha fantasía para elaborar un futbol elegante. Sus mejores años los pasó en el Vasco Da Gama, donde ganó las ligas cariocas de 1945, 1947, 1949, 1950 y 1952. No jugaba propiamente de delantero, sino de interior con el número 8 o el 10 en la espalda. Su posición en el campo era adelantada y para el se acuñó el término “punta de lanza”. Murió en 1996.

Estos fueron los mejores goleadores del mundial:

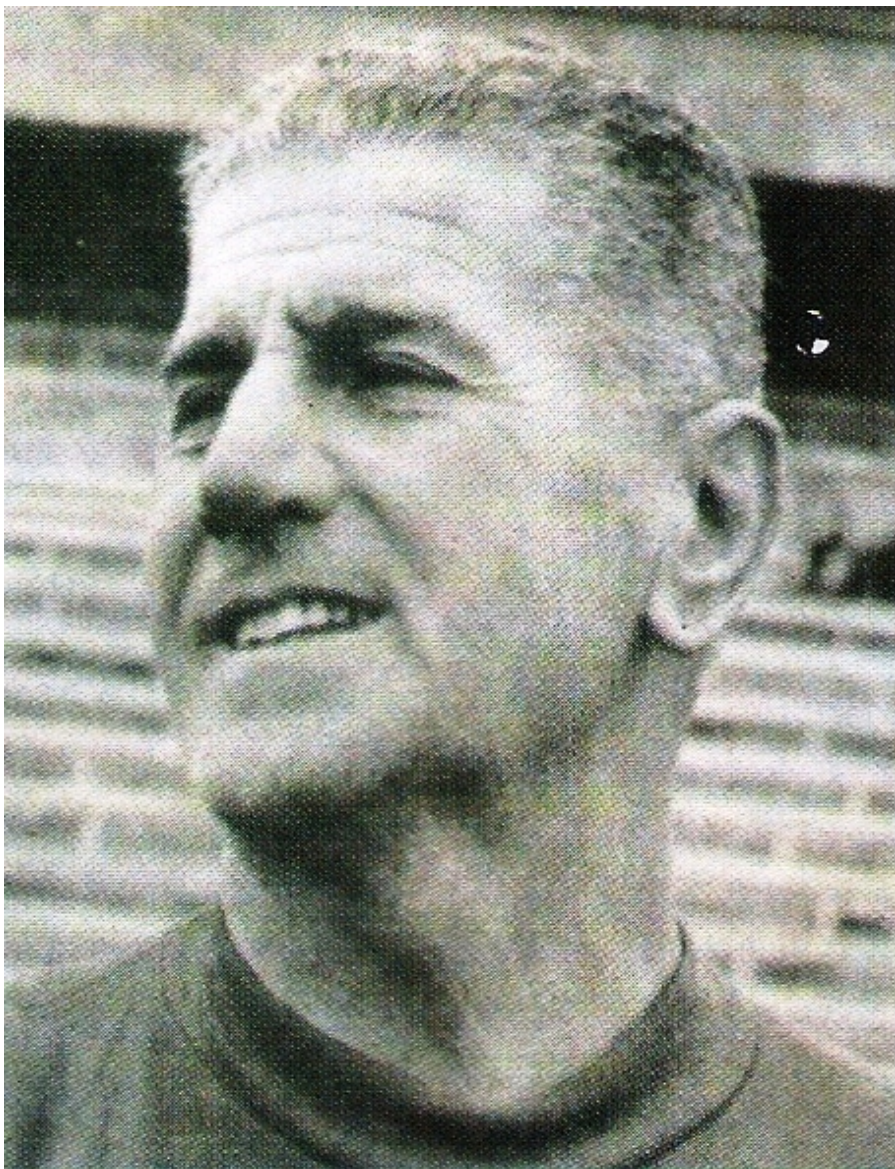
Ademir de Menezes Marques (Brasil)	8 goles
Óscar Míguez (Uruguay)	5 goles
“Chico” (Brasil)	4 goles
Estanislao Basora (España)	4 goles
Telmo Zarraonandia “Zarra” (España)	4 goles



LOS OCHO GOLES DE ADEMIR:
24-06-1950, BRASIL -4 MEXICO-0
2 GOLES (30' Y 79')
01-07-1950, BRASIL -2 YUGOSLAVIA - 0
1 GOL (4')
09-07-1950, BRASIL -7 SUECIA -1
4 GOLES (17', 36', 52' Y 58')
13-07-1950, BRASIL -6 ESPAÑA -1
1 GOL (57')



Juan López, entrenador de aquella selección uruguaya del “maracanazo”, nació en Montevideo en 1908. Desde joven mostró gran interés por los deportes. Jugó como juvenil en el Atlético Central, pero no logró pasar del tercer equipo, jugando siempre como lateral. Se dedicó entonces a la enseñanza del fútbol. En 1944 fue llamado a la guía de Central y en 1948 pasó a ocupar la banca del Racing de Montevideo, encargo que cumplía al mismo tiempo que el de seleccionador de la “celeste”, cargo que dejó hasta 1962. Debutó en el Sudamericano 1947 en Guayaquil. La Asociación Uruguaya de Fútbol lo confirmó para la aventura del mundial de 1950, cumpliendo un gran torneo que terminó con el título del mundo. En 1951 dirigió también a Peñarol, al que condujo a tres títulos de liga. El 31 de mayo de 1953, según sus propias palabras, fue el mejor día de su vida: Uruguay venció a Inglaterra 2-1, dando una excepcional cátedra de táctica. Falló en la calificación al Mundial de Suecia 1958, pero no en la de 1962, para Chile, su tercer y último mundial. Falleció el 4 de octubre de 1983.



Una recopilación de Eduardo Gordillo.